

# Auschwitz: Dádiva Catártica

D. Garcia

Image not found.

# Capítulo 1

## Prólogo

Esta vez le había obsequiado un reloj. Atisbar las manecillas moverse al compás del «tik tok» le embargaba de una calma hermética; el sutil estribillo del *Junghans* de pulsera mermaba la baraúnda de gritos y canturreos ominosos, las suplicas y el llanto estridente de una vida robada. Una tras otra.

—Un reloj, tiempo; que cruel regalo, arrebatado, contado.

Se le habían acabado los cigarrillos, ansiaba el humo manando entre sus labios más de lo que podía anhelar su propia libertad. Albedrió que había perdido al verse obligado a parchar su condecorado uniforme con una estrella, pero no una estrella como las que engalanaban a los soldados y oficiales en otras partes del mundo, no. Esta no era más que una incipiente etiqueta para lucir ante un acopio de indoctos como lo que ellos creían que era, un *Untermensch*. Un subhumano.

Falacia. Aquello lo tenía sin cuidado alguno. Sus reminiscencias y congoja no estaban en su raza ni en el grácil coqueteo de la muerte; que tocaba su ventana y acariciaba su hombro con azarosa frialdad. No quería morir, pero tampoco quería vivir para hacer suya la vida que otros le había asignado, pues eso significaba amartillar el catafalco funesto de millones de vidas como las suya, inocentes, malhadadas. Robadas.

El ingeniero de *Auschwitz*, un alemán judío; odiado por unos, repudiado por otros. Él era tierra de nadie.

—Topf —le llamó la austera, pero familiar voz del *Hauptscharführer* Schardt— Lo has recibido?

—¿El *Junghans*? Si. Es un regalo cruel, Friedhelm. Mi tiempo esta tan limitado y a la vista como este —dio un par de sutiles toques al cristal del reloj.

—Es una visión un tanto melodramática, ¿eh?

Por un instante, a Topf le pareció entrever un amago de sonrisa en los rígidos labios de Schardt.

—Supongo que hubiese preferido un cigarrillo —sonrió con un deje de

exacerbada inocencia— ¿No tendrás alguno?

Schardt lo observo adusto con aquella mirada gélida e impenetrable que solía taladrar la psique de los hombres que estaban a su cargo, pero no a Topf. Topf quien lucía el enfado inocente de un niño.

—En tu posición, yo no me podría demasiado demandante —lo cortó Schardt.

—Lo siento. Últimamente siento el filo de la guillotina atenazándome el cuello contra la madera.

—Estarás bien. Después de todo, ya estás en el infierno al que todos temen. Has lo necesario y no la pasarás peor.

Topf contuvo una risilla amarga dejando entrever en su rostro un par de hoyuelos al apretar sus labios.

—Sí. Como un verdugo, pero ambos sabemos que mi utilidad tiene fecha de caducidad.

Un bufido cansino se escapó de entre los labios de Schardt.

—¿Cómo llevas los planos?

—Qué alegría que preguntes. Friedhelm, ¿En que se está convirtiendo esto? Comenzamos con un solo campo y ahora... se está convirtiendo en un complejo de tres campos. Yo sé que ahora no soy más que un prisionero con conocimientos técnicos, pero creo...

—Para mí sigues siendo un zapador.

—Para ti, Friedhelm... sigo siendo muchas cosas, excepto un igual —hizo una pausa mesándose el cabello para considerar cada palabra—. Aunque no me veas como un *Untermensch*, lo haces como un prisionero.

Silencio.

—¿En que se está convirtiendo?

Schardt depósito un cigarrillo sobre el escritorio desvaído cubierto de bosquejos a medio acabar, legajos arrugados y el *Junghans* indicando las diez menos dos.

—Termina los planos, Topf. Sin preguntas, sin miramientos —dijo antes de perderse entre las sombras del liliputiense cuarto.